

Abrazar la aporía descolonial. Trayecto y desafío de los Estudios Latinoamericanos¹

Romina Pistacchio Hernández*

Motivado por la publicación del libro de John Beverley *El Latinoamericanismo post 9/11*², el profesor de la Universidad de New Castle Nick Morgan escribe en 2013 un artículo titulado “¿Olvidar el Latinoamericanismo?: John Beverley y la política de los Estudios Culturales Latinoamericanos”³. Valiéndose de la vocación reorganizadora y eminentemente relocalizadora del conjunto de ensayos del profesor de Pittsburg, Morgan se dispone a analizar las fórmulas a través de las cuales “las dinámicas del campo de estudios que Beverley denomina Latinoamericanismo” se articulan con “las actitudes políticas que orientan y de alguna manera distinguen sus diferentes vertientes”⁴. Para ello el texto propone aplicar la teoría de los campos de Pierre Bourdieu, y de ese modo examinar las fórmulas a través de las cuales el *Latinoamericanismo* no sólo se constituye como una disciplina investigativa sino como un territorio en disputa donde los posicionamientos frente al objeto hablan sobre los modos de dominio que los integrantes del campo ejecutan para, como dice Morgan: “mejorar sus posiciones estratégicas dentro del [campo] acumulando reservas [de variadas] clases de capital”⁵.

De este modo en el artículo el profesor Morgan explica en forma clara y sucinta el organigrama del *Latinoamericanismo*⁶, un campo de estudios siempre acechado por la disputa de un objeto que parece arisco y reticente a su propia actividad. En el texto se caracterizan los distintos bloques que durante al menos dos décadas han participado en la lucha por su hegemonía en Estados Unidos: el liderado precisamente por Beverley, el del subalternismo de los estudios Postcoloniales; el de la deconstrucción comandada por Alberto Moreiras y el de su ala culturalista por Nelly Richards; el de la Posthegemonía, su vertiente más reciente; y el del Neo-Arielismo compuesto por el decolonialismo de Mignolo, y el trabajo de Mabel Moraña.

A partir de la lectura del texto de Nick Morgan hay dos cuestiones que nos interesa discutir. La primera tiene que ver con el uso de la teoría de los campos de

¹ Este artículo corresponde a la reelaboración y profundización de la ponencia realizada en la XXXV Conferencia de la Latin American Studies Association (LASA) “Diálogos de Saberes” efectuada en Lima entre el 29 de abril y el 1 de mayo de 2017.

* Universidad Diego Portales.

² Beverley, John. *Latinamericanism after 9/11*. Durham, Duke University Press, 2011.

³ Morgan, Nick. “¿Olvidar el Latinoamericanismo?: John Beverley y la política de los Estudios Culturales Latinoamericanos”. *Cuadernos de Literatura*, Volumen XVII, N° 34, julio-diciembre 2013, pp. 18-45.

⁴ *Ibíd.*, 20.

⁵ *Ibíd.*, 21.

⁶ Es necesario señalar que en el artículo se discuten latamente las definiciones de la formación del Latinoamericanismo así como la descripción de los distintos posicionamientos que reconoce Morgan dentro de lo que denomina Latinoamericanismo.

Bourdieu. La utilización por parte de Morgan de este esquema nos permite observar y visibilizar claramente los mecanismos y dispositivos de construcción, funcionamiento y consolidación de los campos de conocimiento, en este caso del *Latinoamericanismo*. De esta manera el ejercicio de Morgan le ha permitido a esta reflexión constatar no sólo la validez que tiene el repensar esos mecanismos al momento de establecer nuevos desafíos a la comunidad que comparte como objeto Latinoamérica y su producción artística y cultural, sino también confirmar un hecho que por lo menos a mí, me parece ineludible: y es que, efectivamente, pensar en la posibilidad de posicionarse fuera de la dialéctica hegemónica ha demostrado ser un imposible, incluso para las posturas que se han localizado en su más allá, en su etapa 'post'.

En segundo lugar el artículo del Profesor Morgan también nos permite revisar de nuevo una cuestión que parece a veces zanjada o "*polémica muerta*" que dice relación con la que yo creo es la fractura más notable del Latinoamericanismo: la dislocación entre su bloque anglófono, basado en la academia estadounidense, y el afincado en los diversos países de América Latina.

Respecto del primer punto, para el profesor de New Castle, en general el campo del Latinoamericanismo ha tendido a definirse en menor medida considerando "la relación de los investigadores con el espacio sociocultural en el que participan"⁷, sin embargo este aspecto sería parte fundamental de su constitución. De hecho pareciera que el Latinoamericanismo se ajustara y ciñera fielmente a las fórmulas descritas por Bourdieu. No queremos aquí entrar en detalles, sin embargo creemos necesario subrayar algunos puntos que explica Morgan para pensar en su actualidad y validez. Teniendo en cuenta que si bien el campo del Latinoamericanismo mantiene una 'autonomía relativa' como todo campo de conocimiento, siempre o en su mayor medida responde a otro mayor: el campo académico. Desde allí entonces que el dominio que ejerzan sus diferentes facciones esté intervenido por la necesidad no sólo de tener la mayor influencia sino también 'sobrevivir' en la lógica de la 'oferta y la demanda'. La competencia dentro del campo, entonces, se vuelve inevitable y por tanto, en la escena del campo de poder, la disputa por la hegemonía su eje determinante. Otro elemento que juega un rol fundamental en la disposición al dominio es el del 'habitus' que orienta las prácticas de los intelectuales según el convencimiento de que lo que se hace "vale la pena" o tiene un valor.

De este modo, según Morgan, una consecuencia de la fórmula de acción y las prácticas dentro del campo, sería la configuración de un particular 'legítimo principio de legitimación', el cual descansaría en un conjunto de mecanismos que asegurarían esa legitimidad. Para el caso específico del Latinoamericanismo, éstos serían: su ubicación tanto geopolítica como institucional, su reconocimiento (prestigio profesional y afiliación comunitaria), su grado de sofisticación y novedad y su compromiso político (perspectiva identitaria).

Una de las cuestiones clave que emerge en la lectura del análisis de Morgan es que ese conflicto o la disputa entre las facciones latinoamericanistas por la legitimación se encuentra fuertemente arraigada al 'compromiso político' que establecen con su objeto de estudio. Cada una se atribuye el derecho a hablar 'de' o 'por' esta producción cultural, recriminándose entre ellas, por un lado, un esencialismo identitario (subalternismo) y, por el otro, las complicidades con el

⁷ Morgan. *Op. cit.*, 23.

capitalismo 'global' (deconstrucción); efectivamente esta contradicción es el motor del argumento que construyen cada una de las facciones que constituyen el campo para confirmar su pertinencia, obtener el dominio y cumplir así con las condiciones que les permite legitimarse.

Sin embargo cuando en el texto toca el turno de analizar la relación entre el postcolonialismo, la deconstrucción, la posthegemonía y la última de estas facciones, la del Neo-Arielismo, reconocidamente bautizado en términos peyorativos –aludiendo a su aparente propensión nostálgica–, aparece un hiato, un silencio respecto de otra articulación que, en el contexto de su examen, parece borrado. En este sentido, a pesar de aplicar Morgan la teoría de los campos, esa que según él mismo reconoce permitiría comprender y examinar: “la relación de los investigadores con el espacio sociocultural en el que participan”⁸ y por tanto dar luces del funcionamiento del Latinoamericanismo internacional –como lo llama M. Moraña⁹–, evade o excluye el análisis de aquella ‘otra’ relación que, pienso, se vuelve indispensable para describir un mapa completo del funcionamiento del campo: me refiero a la relación o articulación tensa entre el Latinoamericanismo anglófono ubicado espacialmente en la academia estadounidense y el hispano/luso parlante que se localiza disperso en las academias en América Latina¹⁰.

La operación a la que recurre Morgan para zanjar el silencio de su texto es la de presentar esa dislocación, pero sólo a partir de la versión que elaboran sobre ella las facciones territorializadas en las academias del norte. Expone entonces desde allá y desde las consideraciones y apreciaciones que ese posicionamiento del campo geopolítico hace y ha construido, cómo es leída esa (des)articulación con un ‘supuesto’ o ‘posible’ campo provisoriamente relegado en América Latina.

Arbitraria o no, casual o no, esta lectura unilateral nos parece sintomática puesto que exhibe no tan sólo la incapacidad de una voluntad política de establecer un nexo entre los campos regionales sino que también, usando la misma nomenclatura de lectura que Morgan emplea, la de la teoría de los campos, podría sugerir que no sería apropiado considerar y/o validar tal configuración en ese espacio denominado América Latina. A nosotros nos parece que, al contrario, no sólo esa configuración ES aplicable a este territorio sino también que posee una historia necesaria de reafirmar y recuperar. Y es que el Latinoamericanismo se ha desarrollado en Latinoamérica con todas las características que dispone la teoría bourdiana desde los años 60's y 70's¹¹. También podemos afirmar que esa

⁸ *Id.*

⁹ Moraña, Mabel. “El Boom del Subalterno”. *Revista de Crítica Cultural*, n°14, 1997, pp. 48-53.

¹⁰ Sería importante señalar para robustecer el argumento de este artículo que en el texto de Morgan si bien se reconoce la existencia de esa formación que denomina Neo-arielista y que según él plantea: “es una categoría negativa inventada por Beverley para referirse a los intelectuales latinoamericanos que se opusieron a la imposición de una agenda crítica metropolitana, en detrimento de la tradición intelectual local”(38), en esta formación o posición sólo identifica a algunos intelectuales como Mabel Moraña y Walter Mignolo, críticos que geopolíticamente se encuentran instalados ‘en’ la Academia Estadounidense. En este sentido no sólo desconoce que esta formación Neo-arielista ha sido elaborada –y quizás antes- en América Latina sino que prescinde del trabajo de un conjunto basto de intelectuales que han trabajado contundentes programas en esa línea.

¹¹ Lo que queremos subrayar aquí no es sólo la influencia que han tenido las propuestas de Pierre Bourdieu en el campo cultural e intelectual latinoamericano y sobre las que ha surgido una importante y nutrida reflexión (C. Altamirano, G. Canclini, J.J. Brunner, S. Sigal,

configuración, como comunidad, que funcionó a partir de su legítimo principio de legitimación durante al menos una década fue fracturada y descoyuntada por la interrupción violenta de un fatídico momento de la historia que comenzó con los golpes de estado conosureños y la transitoria desarticulación de lo que Nelson Osorio denominó, “la nueva crítica latinoamericana”¹².

Y más aún podemos constatar –según lo que he podido confirmar en otros estudios¹³– que ese campo local interrumpido por la acción de los golpes y la subsecuente y paulatina pero definitiva imposición del sistema neoliberal en la región¹⁴, no fue destruido del todo. Prueba de ello es la experiencia de resistencia y rearticulación que promueven los trabajos de intelectuales como Ángel Rama y Antonio Cornejo Polar. Obedeciendo al ‘legítimo principio de legitimación’ ellos desempeñaron prácticas que intentaron mantener la cohesión del campo: Construyeron teorías que permitieron cumplir con el criterio de sofisticación e innovación requerido, proporcionaron en ellas ciertas categorías originales para leer la producción cultural de América Latina y sus particularidades, y para ello usaron tanto herramientas diseñadas por ellos mismos como por el amplio conjunto de las teorías y los estudios literarios internacionales, derivando aquello en reflexiones heterogéneas en un caso y transculturadas en el otro. Respecto al elemento del prestigio y la filiación colectiva, fundaron revistas, intervinieron efectiva y potentemente en las instituciones académicas en las que participaron, modificaron currículos de estudio y el canon de lectura, entablaron amistades profesionales reconocibles y reconocidas, se nombraron entre ellos y nombraron a otros. Estuvieron en permanente desplazamiento haciendo de la ubicación geopolítica un medio más que un fin, y lograron a través de él hacer migrar sus proyectos. Sobre todo, Antonio Cornejo Polar fue directo y concreto en zanjar el conflicto que presentaba y presenta hasta hoy el atolladero del Latinoamericanismo: para él la cuestión del ‘compromiso político’ era inherente a la práctica crítica, tanto así que abrazando lo que he llamado “la aporía descolonial”¹⁵ reivindicó sin duda alguna el poder de la representación política de la crítica y del crítico latinoamericano.

S. Miceli, B. Sarlo, M. T. Gramuglio, M. Moraña, sólo por nombrar algunos/as), sino sobre todo que, a la luz de su teoría general, el campo cultural e intelectual latinoamericano desde los 60’s ha operado o al menos puede ser caracterizado según las lógicas definidas y descritas en esa teoría. Ver Sigal, Silvia. *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Bueno Aires, Puntosur Editores, 1991; Moraña, Mabel. *Bourdieu en la periferia. Capital simbólico y campo cultural en América Latina*. Santiago, Cuarto Propio, 2014.

¹² Ver Osorio, Nelson. “Introducción”, en *Sobre literatura y crítica latinoamericanas*. Lima, Latinoamericana Editores–CELACP, 2013.

¹³ Ver Pistacchio, Romina. *La aporía descolonial. Releyendo la tradición crítica de la crítica latinoamericana*. Madrid, Iberoamericana/Vervuert, a publicarse en Mayo de 2018.

¹⁴ Aludimos aquí en términos generales -y generalizadores quizás- al proceso de esparcimiento y transformación que describe la imposición y consolidación del sistema capitalista neoliberal en la región a partir del momento clave de las intervenciones militares en América del Sur. Esto no significa que ese proceso haya sido ni homogéneo ni simultáneo ni semejante en cada uno de los países de América Latina. De hecho esos procesos se verán fuertemente marcados por las historias de (post-) (neo-) colonialidad que percibe cada una de esas naciones. Esto es lo que ocurrirá concretamente en los casos de Perú y Uruguay que determinan las experiencias particulares de A. Cornejo Polar y Ángel Rama.

¹⁵ Ver Pistacchio. *Op. cit.*

De esta forma, si bien intelectuales como ellos fertilizaron el campo para evitar su total desaparición y establecieron ciertas bases para continuarlo, ¿ha sido esta posición en el campo¹⁶ capaz de mantenerse funcionando y produciendo relaciones con el espacio social que habita? Es esta pregunta la que probablemente hace que muchos, entre ellos el profesor Morgan, ni siquiera se compliquen en considerarlo dentro de aquel que puede ser llamado el Latinoamericanismo internacional.

Pensamos que algunas de las consecuencias más radicales de la disputa por la hegemonía discursiva en el campo latinoamericanista internacional comenzaron a fraguarse precisamente en los años en que Cornejo Polar publicó *Escribir en el aire*¹⁷. Entre ellas nos interesa destacar dos: La primera, la consolidación en las instituciones académicas del modelo gerencial impuesto por el neoliberalismo¹⁸, el que permitió que el dispositivo de ‘prestigio’ se inclinara hacia la facción anglófona. Nos referimos concretamente a los mecanismos de legitimación de ese prestigio: el dominio de ciertas modas teóricas, metodologías o temáticas, y la ‘tiranía del paper’ que ha provocado el desinterés por la enseñanza y la colaboración en la construcción y circulación del saber. En segundo lugar, el dispositivo de filiación: la fractura del campo que profesores como Ángel Rama y Antonio Cornejo Polar intentaron reparar no ha sido totalmente soldada. Las instituciones que acogen al campo de los estudios latinoamericanos se hallan aún en nuestros días difícilmente comunicadas y, en razón de ese prestigio adquirido por el norte, muchos de los nuevos intelectuales han preferido emigrar que establecer lazos y vínculos regionales. Pienso que es desde estos núcleos donde es posible trabajar para abrir alternativas que solidifiquen el campo latinoamericanista en nuestra región. Éstas implican evidentemente el riesgo de una apuesta.

Pienso que en estos días tanto en América Latina y sobre todo en Chile se nos ofrece una coyuntura en la que el debate más que necesario, se vuelve fundamental. El reconocimiento de las minorías (sexuales, étnicas, etarias, etc.),

¹⁶ Sería importante señalar que la/s dirección/es del Latinoamericanismo que organizaron los proyectos de Ángel Rama y sobre todo Antonio Cornejo Polar deben ser identificadas/as como una ‘posición dentro del campo’ con el objeto de subrayar la variedad y heterogeneidad del campo general del Latinoamericanismo. Es posible plantear a este respecto que los lineamientos que ellos diseñaron puedan identificarse con ese Neoarielismo ubicado territorialmente en las academias latinoamericanas (que no reconoce Morgan en su texto) y que plantean la necesidad de replantearse el monopolio de la crítica metropolitana en el campo de la crítica asentada en Latinoamérica.

¹⁷ Cornejo Polar, Antonio. *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Lima, Latinoamericana Editores/CELACP, 2011.

¹⁸ Entre algunos textos importantes que revisan y analizan críticamente este fenómeno podemos señalar un artículo de Beatriz Sarlo que a fines de los noventa realiza un mapeo de las direcciones culturalistas en el ámbito de los estudios literarios latinoamericanos marcados por las influencias de nuevas orientaciones metropolitanas. El de Nelly Richard, quien hace lo propio a raíz de la configuración del campo, y el libro *Las armas de las letras* de Grínor Rojo que en varios de sus ensayos problematiza el lugar de la crítica (y las humanidades en general) en el contexto de esa denominada “globalización”. Ver Richard, Nelly. “Globalización académica, estudios culturales y crítica latinoamericana”. Clacso, 2000, pp. 185-199; Rojo, Grínor. *Las armas de las letras. Ensayos Neoarielistas*. Santiago, LOM, 2008; y Sarlo, Beatriz. “Los estudios culturales y la crítica literaria en la encrucijada valorativa”. *Revista de Crítica Cultural*, n° 15, 1997, pp. 32-38.

por una parte bastante importante de nuestras sociedades, que se ha materializado en ciertas políticas públicas y leyes que no satisfacen, por cierto, su reivindicación, pero que al menos permiten pensar en un avance a corto plazo, el alzamiento por parte de los ciudadanos para defender sus derechos y exigir mayor participación y la creación de Instituciones que pudiesen abrir espacios para el desarrollo de las Artes y Humanidades¹⁹, describen un contexto en el que, a fuerza de hacerse materialmente presentes los actores y agentes de la cultura, podemos reconocer un espacio de intervención que promueve la posibilidad de confeccionar alternativas de reconfiguración y/o consolidación del campo y nos exige en esta instancia a lo menos pensar y presentar un inventario tentativo de propuestas. Éstas precisamente se orientan al refuerzo del “legítimo principio de legitimación”, concretamente, a impulsar los dispositivos de prestigio y el de la filiación.

A menudo las acusaciones de nostalgia y/o neoconservadurismo²⁰ en contra del Latinoamericanismo afincado en América Latina –y que Morgan llama Neo-arielismo en el contexto de la academia metropolitana– han confundido (y por qué no también reprobado) la consecución de algunas tareas o prácticas simbólicas y materiales por considerarlas anacrónicas, pero que, sin embargo, pienso que no solo utilizan la mayor parte de las agrupaciones que intentan ganar la hegemonía interpretativa, sino que efectivamente muestran serios resultados a la hora de re-consolidar campos o posiciones dentro de éstos. En primer término, pienso que se pueden obtener réditos importantes de la ‘reconsideración’ de la historia y de la historización tanto en las prácticas investigativas y pedagógicas, como en la reivindicación y reevaluación de la trayectoria del Latinoamericanismo en la región.

Las políticas del olvido (desmemoria) y las gramáticas del borramiento aplicadas en Chile en dictadura y las del blanqueamiento en el periodo de la post-dictadura, no sólo han tenido fuertes efectos en el terreno socio-político de nuestro país sino también en el campo cultural, intelectual y en el académico. Quizás uno de los escenarios donde aquello se hace más visible sea en la adopción de criterios extranjeros ahistóricos y ahistorizantes del estudio de las humanidades y la literatura en especial, me refiero, sobre todo, a la imposición de las modas

¹⁹ En el segundo semestre de 2016 se concretó en Chile la adquisición de la personalidad jurídica de la Asociación de Investigadores de Artes y Humanidades. A través de esta nueva entidad se ha hecho posible realizar gestiones, negociaciones y sobre todo debates para integrar nuestros quehaceres en el nuevo Ministerio de Ciencias y Tecnología cuyo proyecto ya ha sido aprobado en el Congreso de Chile. Lamentablemente en los últimos meses y luego de la aprobación de la formación de este nuevo Ministerio por el Senado y su paso a discusión en la Cámara de Diputados, se ha ido confirmando que el proyecto no ha considerado del todo los aportes de esta nueva Asociación, sin embargo, han sido cuatro los logros hasta el momento: 1) cambiar el nombre al ministerio tal que considere no sólo la ciencia y la tecnología en el marco del desarrollo del conocimiento, 2) incluir en su funcionamiento esas distintas áreas del conocimiento, 3) incluir una perspectiva de género, y 4) incluir a las organizaciones de investigadores como parte de las instancias consultivas en la ley.

²⁰ Para revisar algunas de las reflexiones que surgen acerca de este debate sobre la nostalgia y el neoconservadurismo atribuido a cierto posicionamiento del Latinoamericanismo en América Latina, ver Sarlo, Beatriz. “Intelectuales”, en *Tiempo presente. Notas sobre el cambio de una cultura*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2002. Ver también Pistacchio, Romina. “Esto no es nostalgia”, en *Una perspectiva para ver. El intelectual crítico de Beatriz Sarlo*. Buenos Aires, Corregidor, 2005.

temáticas de estudio de la producción literaria anterior y la actual. Esto, con el propósito de integrar un ‘aparente’ campo global que asigna legitimidad y prestigio a través de criterios de competencia salvajes, al tiempo que no es capaz de soportar el crecimiento amorfo de la masa profesional y la escasa oferta de trabajo.

Pienso, por ejemplo, que estudiar y examinar críticamente la tradición crítica de la Crítica Latinoamericana y permitir la circulación y enseñanza amplia de sus proyectos en nuestros países genera la difusión de un saber colectivo y común que afianzaría la legitimación a través de la filiación entre estudiantes, académicos e intelectuales en general. Este mismo acento en la historia común puede a la vez servirse y/o verse robustecida por la recomposición de los lazos de comunicación entre instituciones gubernamentales (Ministerios de Cultura, Ministerios de Ciencia y Tecnología), instituciones académicas y no académicas regionales, programas de intercambio intrarregional, boletines y revistas interregionales, la organización de más y nuevas reuniones y coloquios²¹, etc.

Sin embargo, sería importante que estas actividades no se opusieran u obstaculizaran el trabajo de la enseñanza. Hoy una de las labores más desprestigiadas y pauperizadas es la de la actividad de aula y la proliferación de tareas que se nos atribuye a los profesores en vez de colaborar en la generación de comunidades, nos sentencia al trabajo solitario. Nuevamente, muchos de nosotros atosigados por los modos de evaluación del trabajo investigativo y las fórmulas burocráticas de obtención de recursos para llevar a cabo nuestros proyectos (que, de nuevo, asumen criterios de valoración importados), nos adosamos a la máquina de los requerimientos o como ocurre en muchos casos, lisa y llanamente, abandonamos el campo. Pero lo que constituye el resultado más perverso, preferiremos el trabajo personal por sobre la comunicación y difusión del saber individual y del conocimiento construido colaborativamente en las salas de clases, castigando gratuitamente a quienes debieran ser los provocadores, protagonistas, críticos y beneficiados de ese saber que producimos y acumulamos: los estudiantes.

Frente a este escenario, creo que algunas salidas posibles implican, en primer término, y atendiendo el ejemplo de nuestros intelectuales críticos latinoamericanos, invocar como punto de partida la re-consideración de la historia, del estudio de la historia y de nuestra historia de comunidad, ya que como se desprende de la propuesta benjaminiana, en los fragmentos (ruinas) del pasado se encuentran las huellas para pensar el presente y el futuro. Pero además, porque si bien creemos que no es prudente ni posible, bajo ninguna circunstancia, restituir el pasado, tampoco es aceptable –como dice Beatriz Sarlo– resignarse y aceptar lo que “aparece” como inevitable²².

Por otro lado, admitiendo los postulados de Bourdieu que reconocen la autonomía ‘relativa’ del campo y posiciona en un lugar indispensable a las ‘instituciones’ como espacios estratégicos para conseguir la ansiada legitimidad y el prestigio necesarios para disputar la hegemonía, es necesario pensar en

²¹ Valga señalar el lugar que ocupan las prácticas asociativas o de asociatividad y diálogo en los formularios de postulación para financiamiento de proyectos de investigación. Al menos en el caso de Chile las certificaciones de asistencia a Conferencias, Coloquios o Seminarios no poseen valor que se traduzca a puntaje para obtener el financiamiento.

²² Sarlo, Beatriz: *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*. Buenos Aires, Ariel, 2001, p. 10.

recuperar el vínculo entre campo intelectual y un Estado ‘otro’²³ que redefina su relación con las lógicas del ‘progreso’ y desafíe las políticas neoliberales que precisamente marcan hoy también el comportamiento y funcionamiento del campo. Esto es, reponer el diálogo entre los centros de generación y reproducción de pensamiento (academia) y esas instituciones (en el caso de Chile, Ministerios de Educación, de Cultura y de Ciencias y Tecnología), componiendo marcos de acción conjunta que permitan la distribución democrática de la cultura y el saber en nuestro país en conjunto con la región.

Otro núcleo de acción aparece en el quehacer de la Academia y específicamente en la labor docente en el aula primaria, secundaria y universitaria. Esto significaría revalorizar en términos materiales y simbólicos el trabajo docente así como reivindicar el trabajo colaborativo, el desarrollo de redes de discusión (comunidades o colectivos de co-aprendizaje, de pedagogías contextualizadas y colectivos de ‘revisión entre pares’), incentivar la estrecha vinculación entre el trabajo investigativo y el de aula, y evitar las prácticas que lo apartan e impulsan al aislamiento y la sin razón. En este sentido, surge la convicción de que uno de los principales obstáculos para robustecer los lazos necesarios de un campo, es la tiranía del paper, un género que seguimos ejercitando en la medida en que las condiciones de la consecución del prestigio ‘necesario’ lo hace indispensable, sin embargo, no creo que haya nada tan incompatible a nuestro quehacer como mediadores de la cultura que un paper académico como los que hoy conocemos. Finalmente revisar y transformar los modos y criterios de evaluación para el otorgamiento de fondos y recursos para la investigación e incluir a los docentes, profesores e intelectuales en el diseño y confección de las políticas públicas que ellos mismos, al fin y al cabo, en sus salas de clases deberán ejecutar.

La pregunta que acecha esta declaración de alternativas sigue siendo, cómo intentar develar y transformar lo que hoy se ha naturalizado hoy como un nuevo ‘habitus’ cultural y epistémico, cómo torcer la mano a los usos hasta ahora perpetuados por esa máquina de legitimación que logró la hegemonía del campo internacional/global. Pienso que si asumimos una lectura afirmativa sobre las posibilidades que otorga la teoría de la reproducción del conocimiento (saber/poder, Foucault) y nos apropiamos y ejercitamos las formas de funcionamiento de los campos propuestas por Bourdieu, admitiendo que un posible proceso de descolonización del saber y el pensamiento se conquista en la obtención de la hegemonía discursiva, podríamos entrar al territorio de la disputa

²³ Se incluye la idea de un Estado ‘otro’ o una alternativa al tipo de Estado que hoy conocemos (al menos con seguridad en Chile) puesto que tal y como es hoy, no es posible asegurar su vínculo con un campo cultural que no cumple con los requerimientos y parámetros dispuestos por la lógica neoliberal de la que este Estado participa. En este sentido las prácticas actuales del campo son, entre otras cosas, una respuesta a esas premisas y disposiciones estatales. Por ejemplo, en el ámbito del financiamiento de proyectos de investigación, se obliga a los (re)productores culturales a utilizar fórmulas de administración empresariales, a elaborar criterios de investigación basados en la ‘productividad’ y se los expone a ser evaluados según las leyes de la ‘oferta y la demanda’. El desafío de establecer un nuevo pacto entre Estado e Instituciones académicas (y no académicas) exige un proyecto político concreto que efectivamente considere al Estado como un garante y ejecutor de la distribución equitativa de la riqueza (material y simbólica) y el patrimonio cultural, y un pertinaz regulador de las prácticas neoliberales a nivel general pero sobre todo en el ámbito de la educación y la producción y circulación de la cultura.

y ensayar una alternativa colaborativa y comunitaria nacional y regional del campo de los Estudios Latinoamericanos.